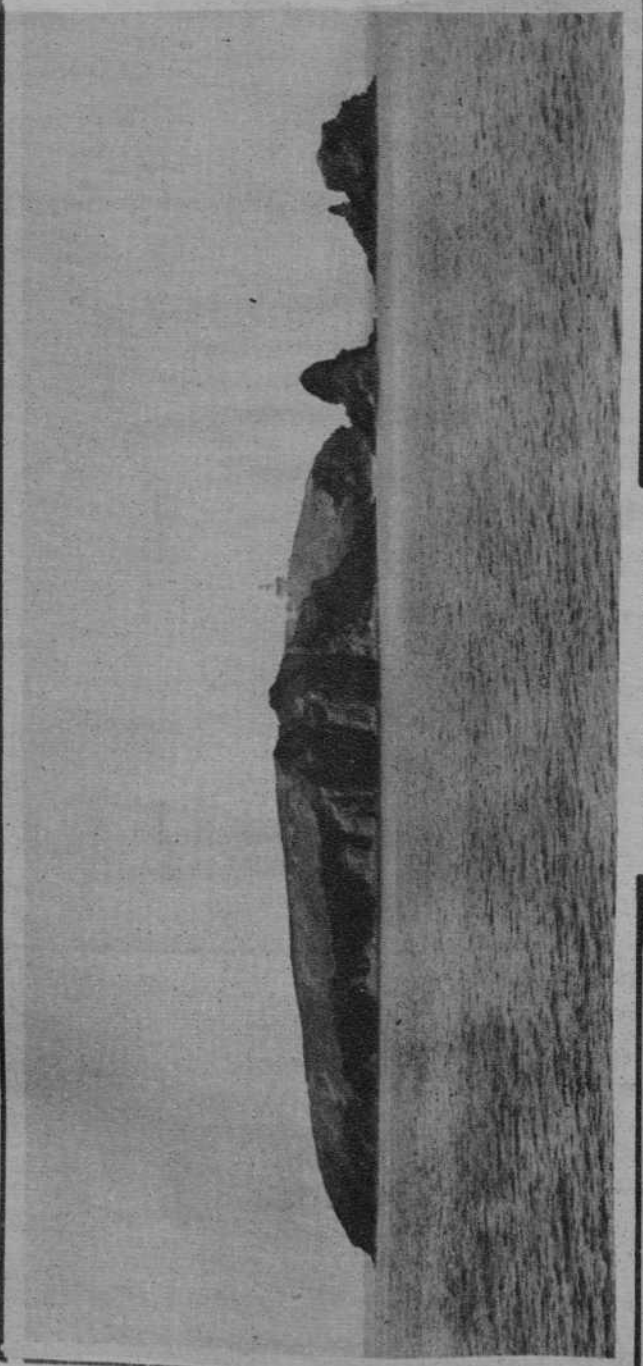
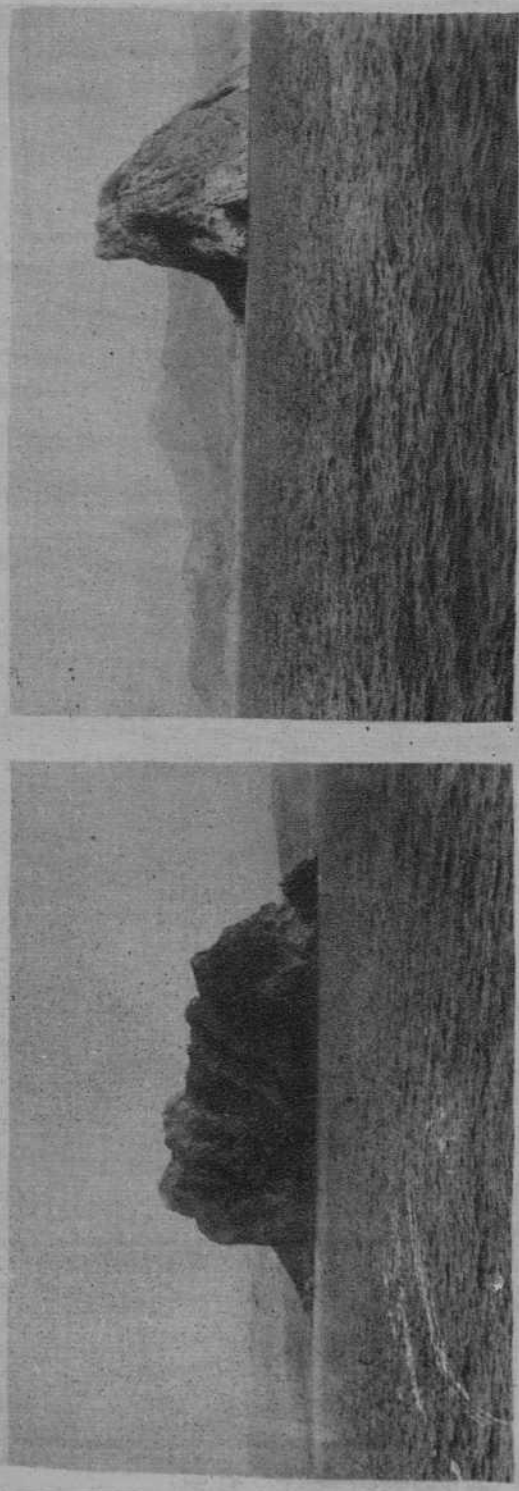


LAS ISLAS COLUMBRETE

Grupo de islotes, a treinta millas del Cabo Oropesa, refugio hoy de pescadores y ayer de contrabandistas constituyen las Columbretes una nota gris que rompe la armonía del azul Mediterráneo

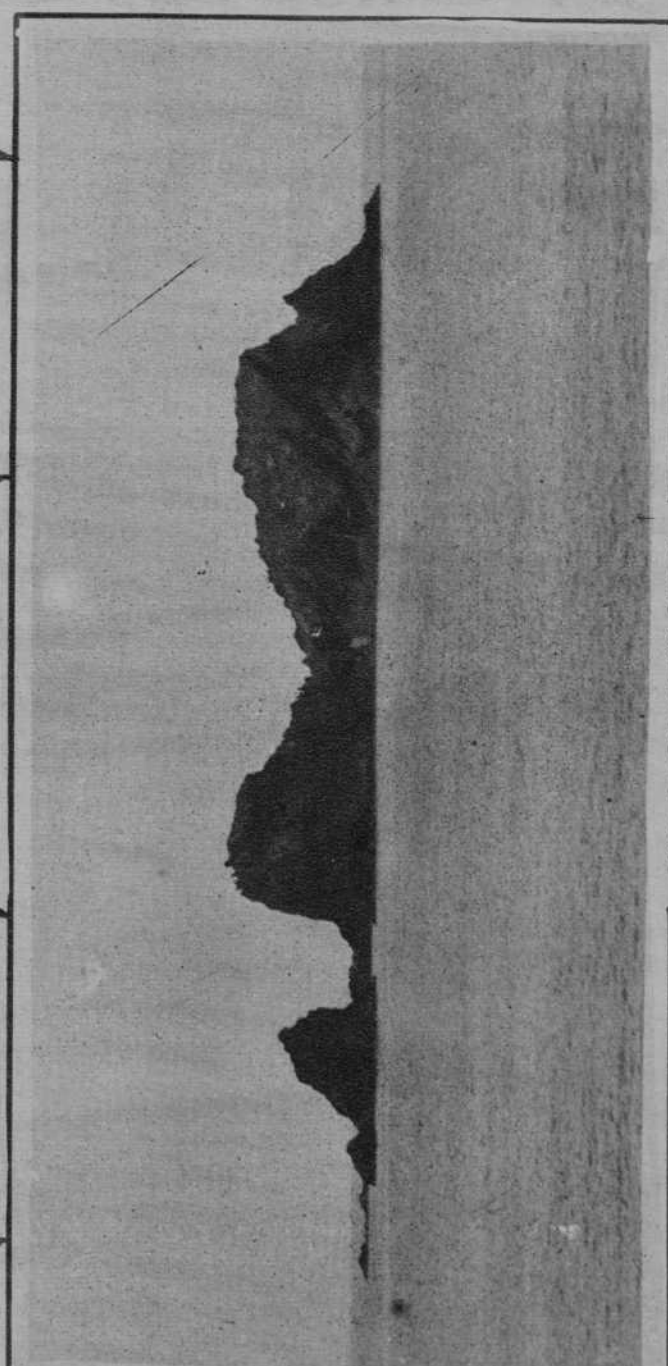


El faro del monte Colibre



La piedra de San Martín

La Horadada mayor



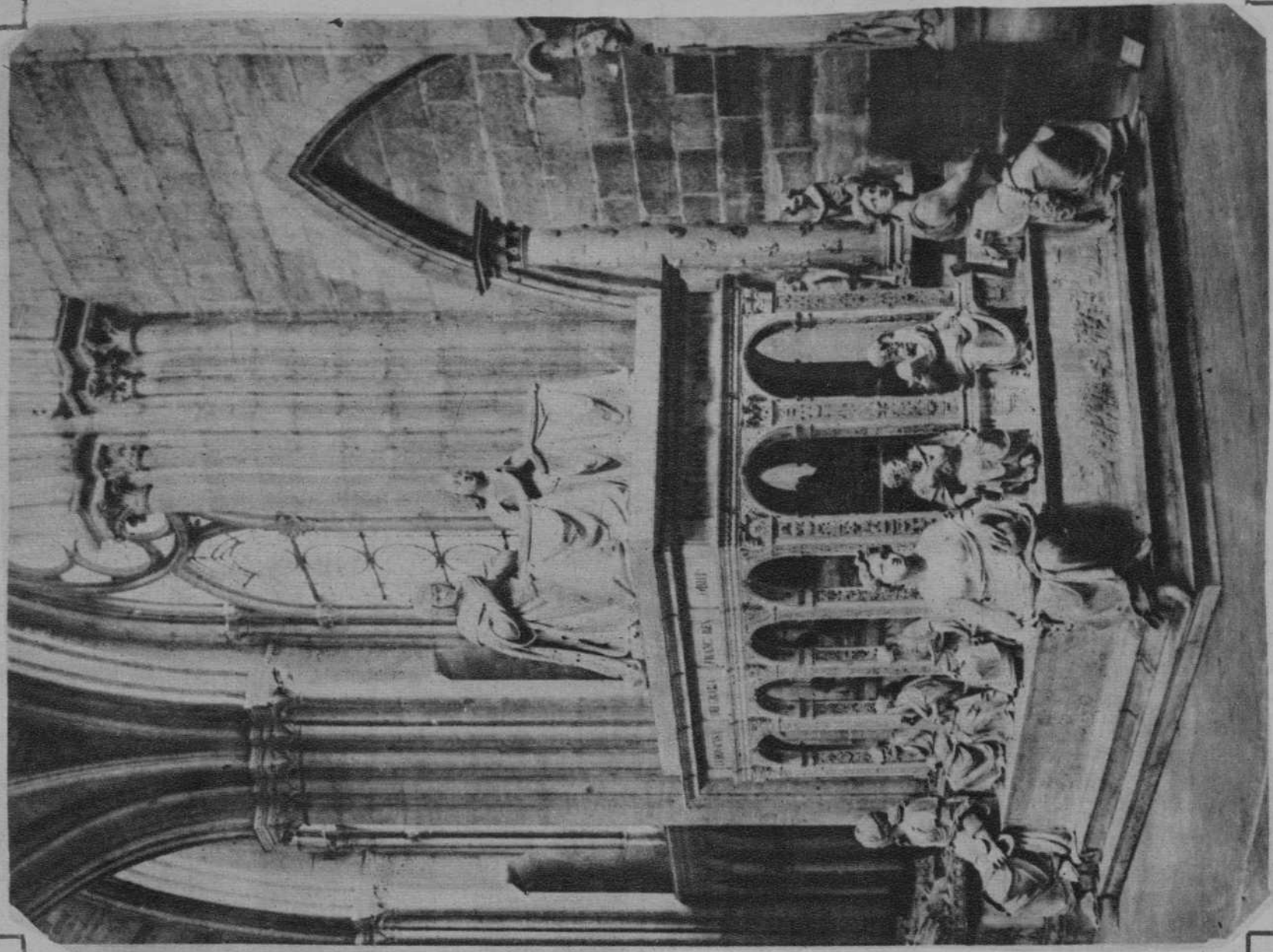
Aisles, del Columbrete Grande

(Fots. Vallbe)

MM.
134

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Día Gráfico

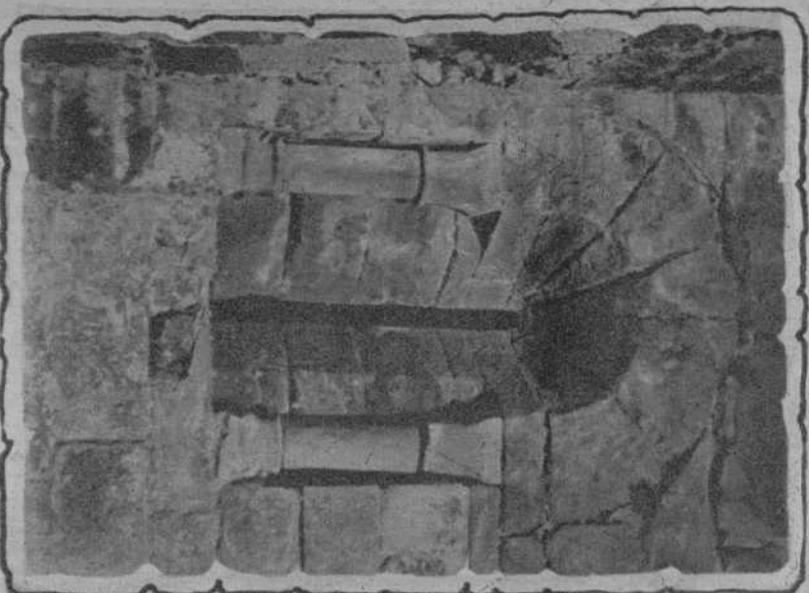
noviembre
4
1928



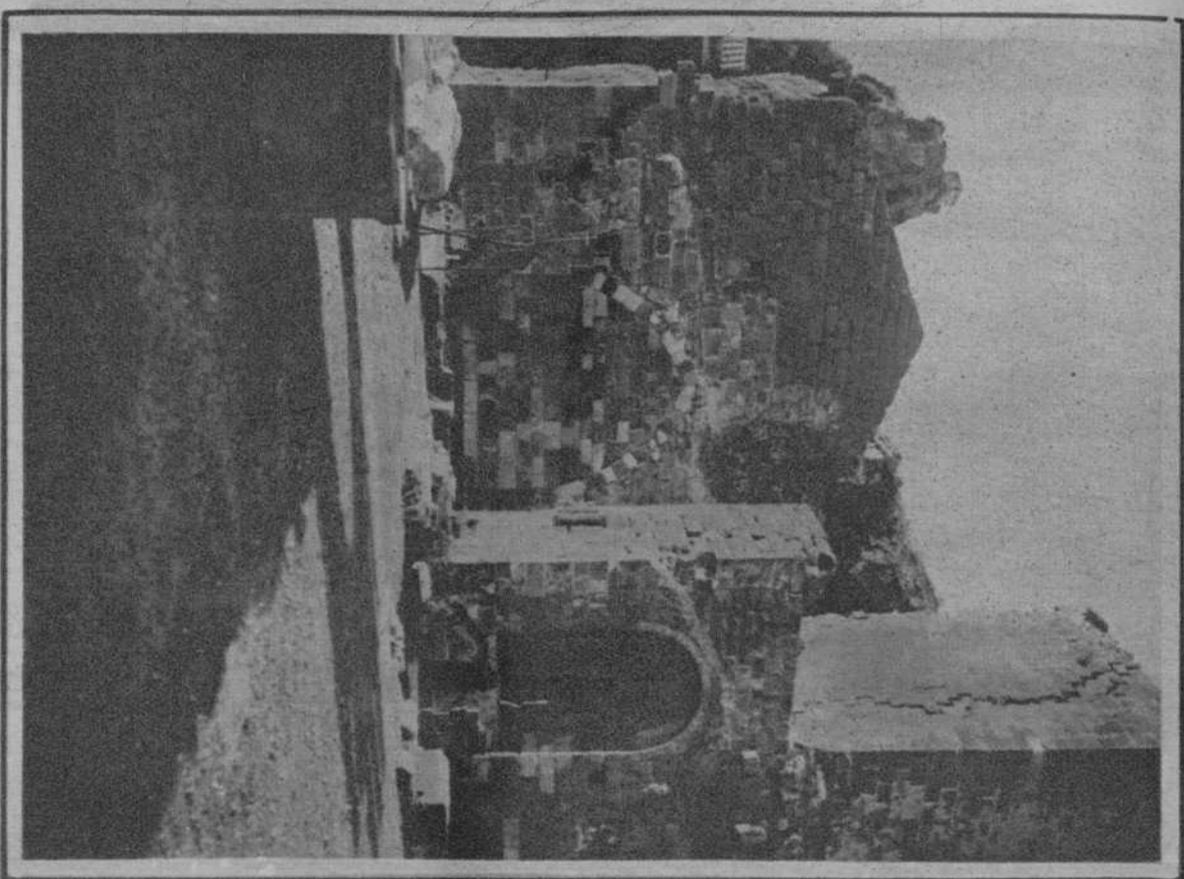
El sepulcro real de la Abadía de San Dionisio (Francia)
(Fot. Manuel)

*El castillo de Vilanova
de Escornalbou*

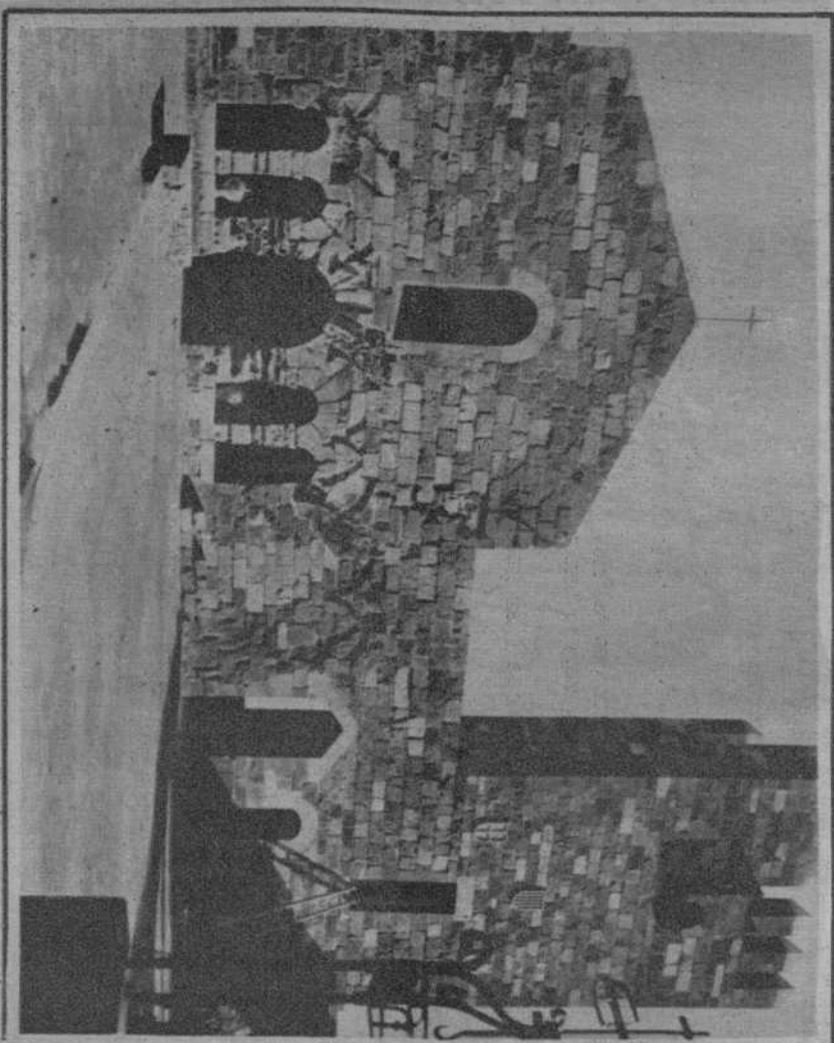
RUINAS VENERABLES SON LAS DE
ESORNALBOU, QUE REQUERDAN
UN PASADO GLORIOSO



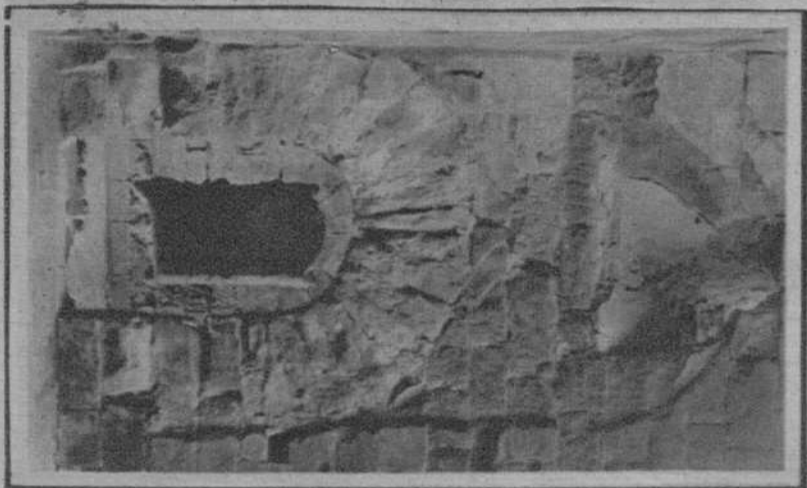
Un bello ventanal románico



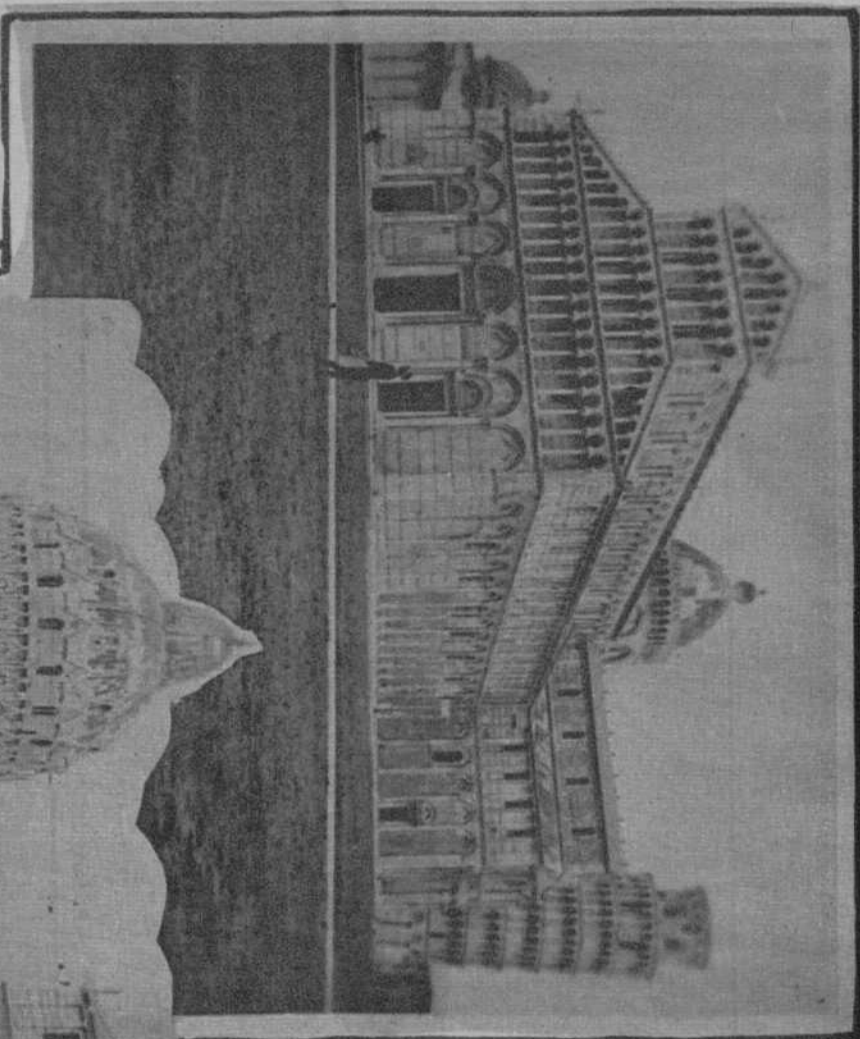
Un detalle de los claustros



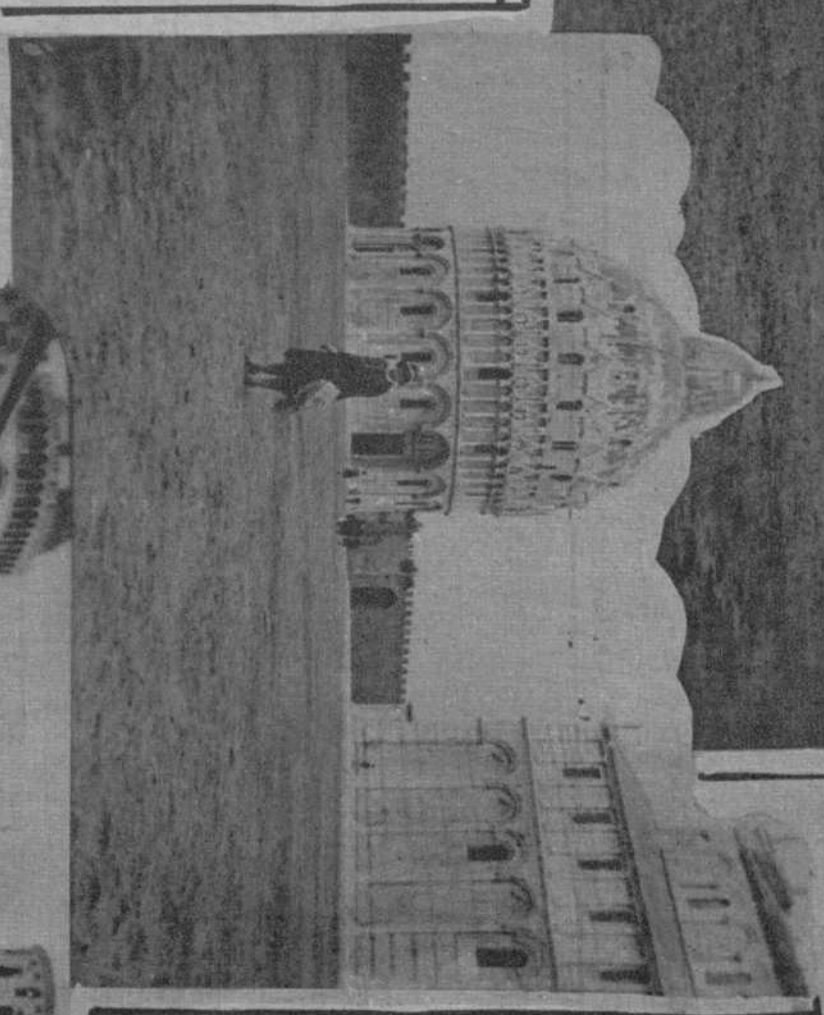
Los artísticos claustros de la iglesia



Puerta románica de la iglesia
(Fots. Valtos)



LAS BELLEZAS
DE
PISA

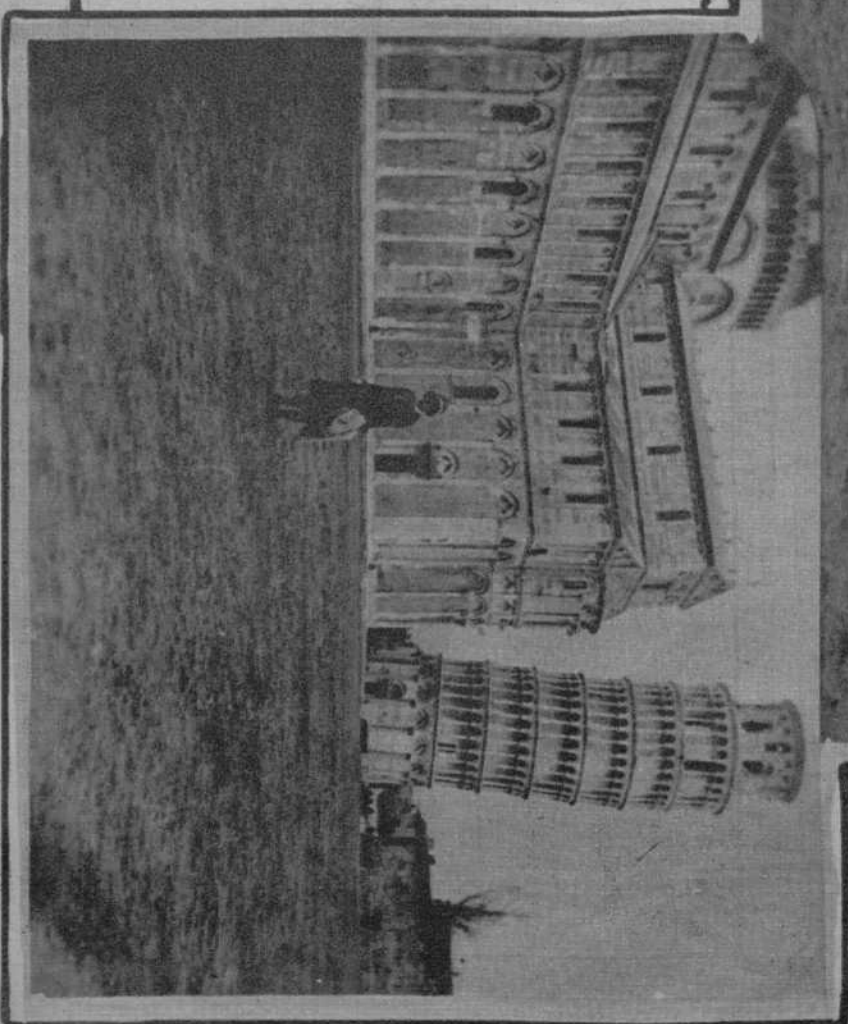


La Catedral.

El baptisterio.

La célebre Torre
Inclinada.

(Fots. A. Conde)



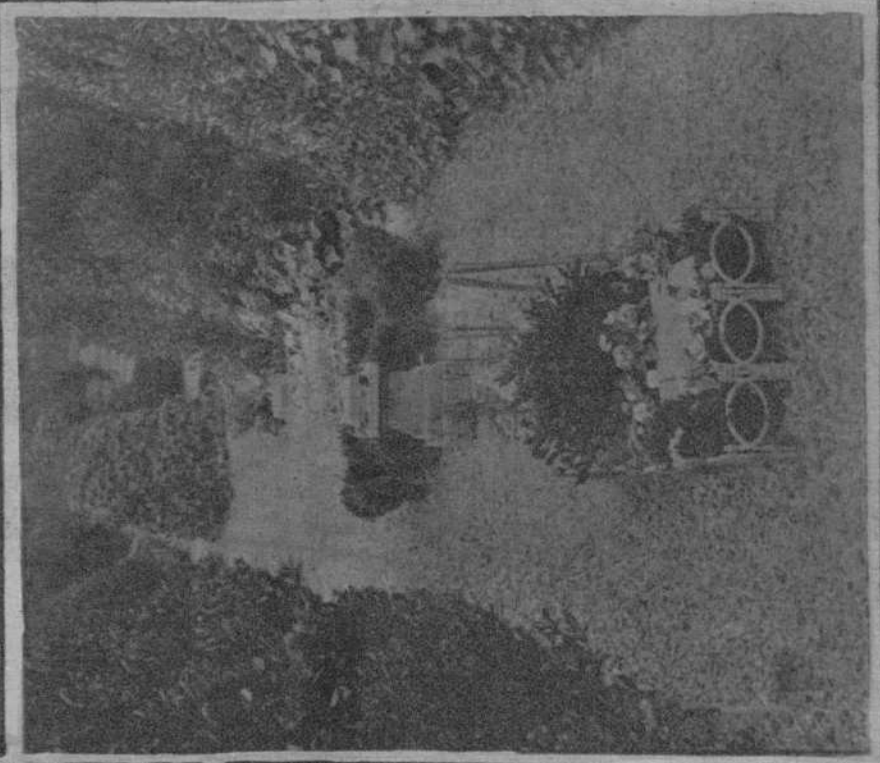
EXISTE, EN PARÍS, UN CEMENTERIO DE PERROS. ALLÍ, ENTRE MARMÓLES Y ROSAS, REPOSAN LOS RESCATADOS DE LOS AFORTUNADOS CANES, PARA QUIENES NO FUE DURA LA VIDA



Un sepulcro lujoso

(Fot. Censeric)

Un grupo de españoles



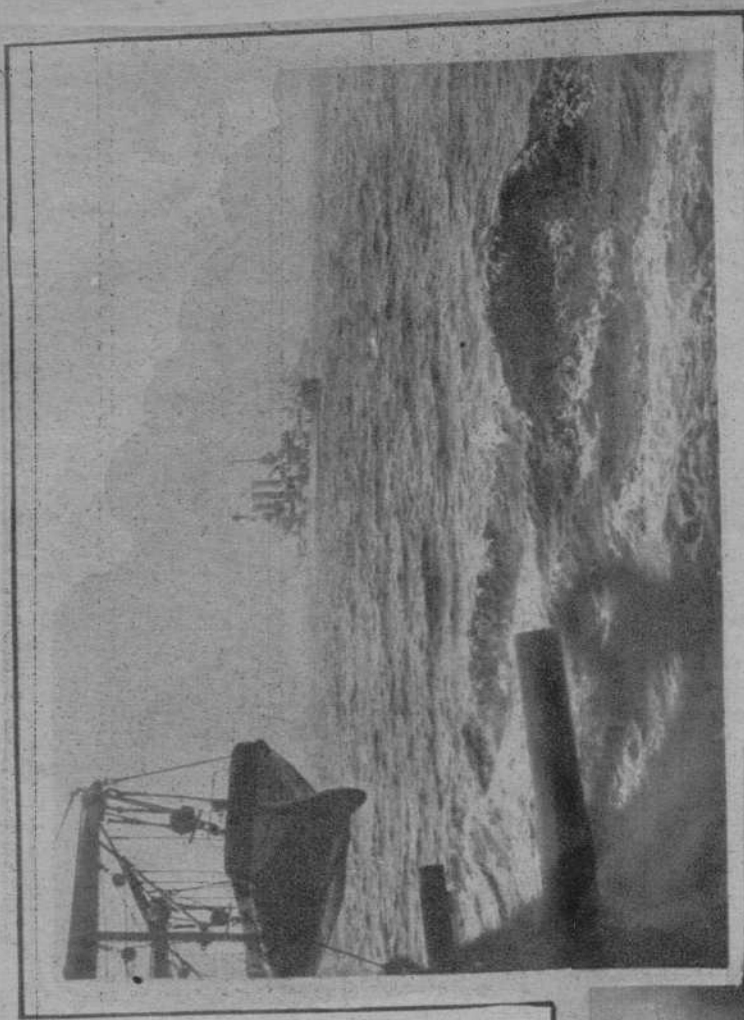
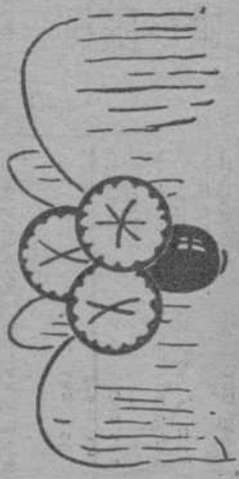
(Fot. Censeric)

Una avenida del cementerio

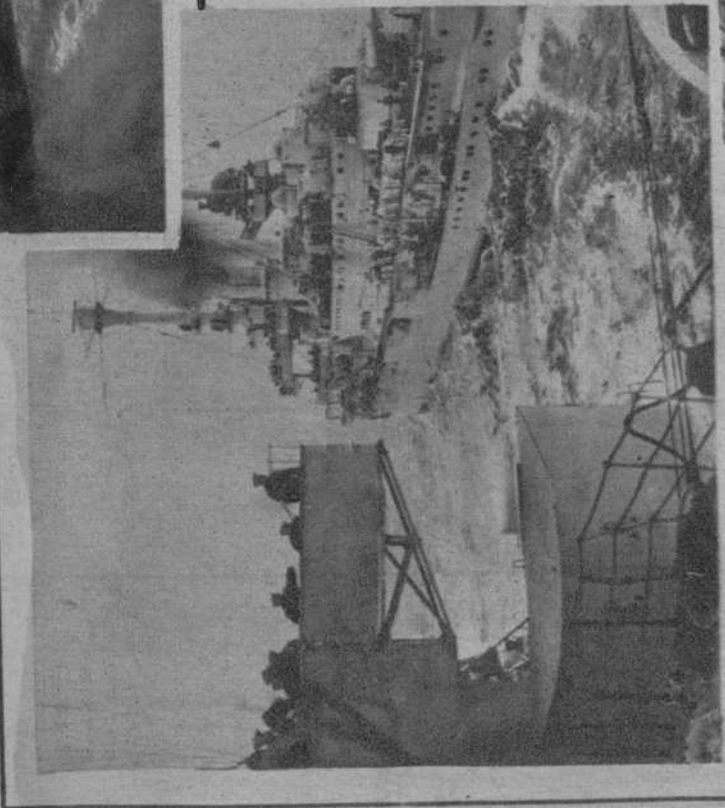


EN ALTA MAR.

EL APROVISIONAMIENTO DE UN ACORAZADO EN ALTA MAR, CONSTITUYE UNA OPERACIÓN CURIOSA Y SUMAMENTE INTERESANTE



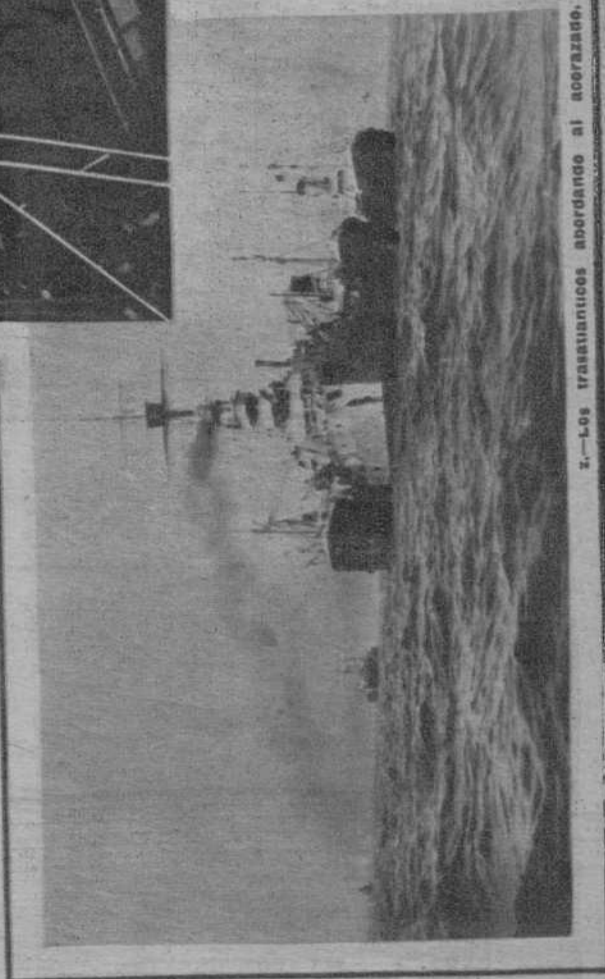
Los buques en alta mar.



En plena marcha



El embarque del carbón.



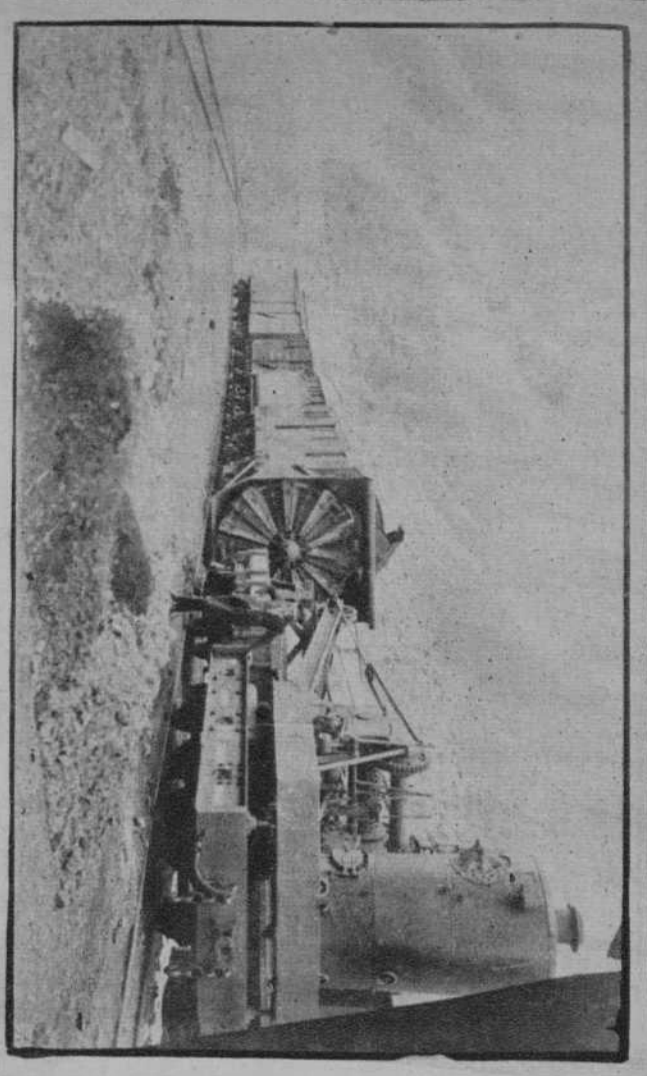
Los transatlánticos acercándose al acorazado.

Los transatlánticos acercándose al acorazado.

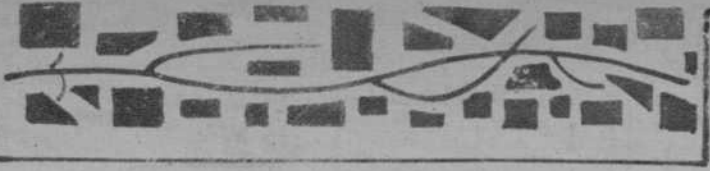
(Fot. Scher)

LA LINEA DEL FERROARRIL ENTRE LAS NIEVES ETERNAS

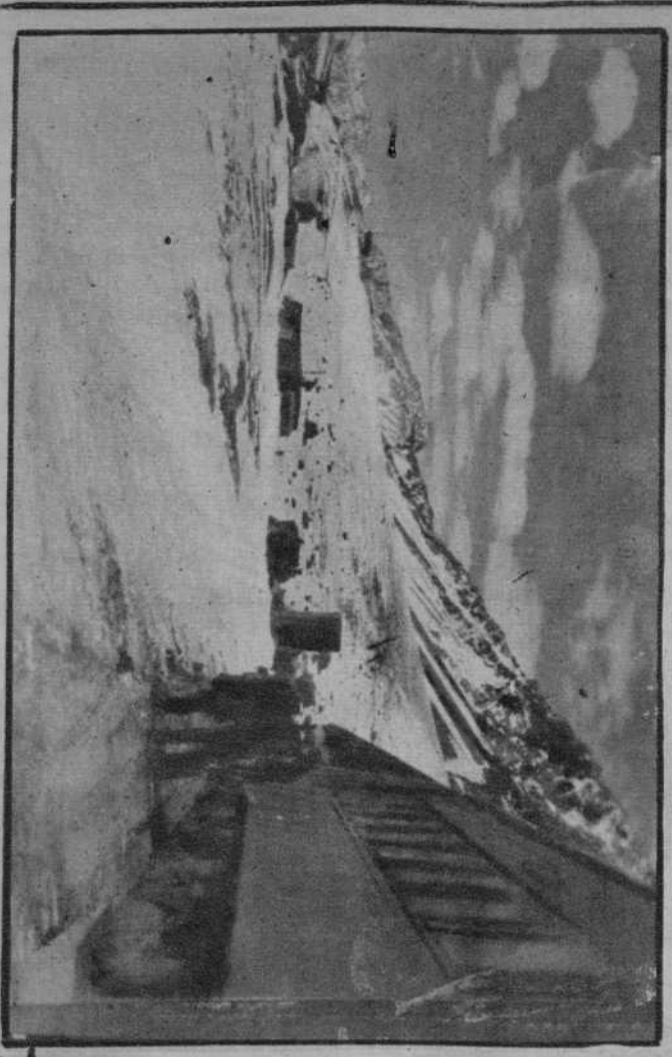
UN FERROARRIL ENTRE LAS NIEVES ETERNAS
 LA LINEA DEL FERROARRIL DE BUENOS AIRES A VALPARAISO CRUZA
 LOS ANDES CHILENOS POR EL PASO DE «USPALLATA» O DE «LA CUMBRE»
 A 3.695 METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR. LAS CUMBRES DE ESTAS
 MONTAÑAS ESTAN CUBIERTAS DE NIEVES PERPETUAS, Y SUS PANORAMAS
 SON ESPLENDIDOS



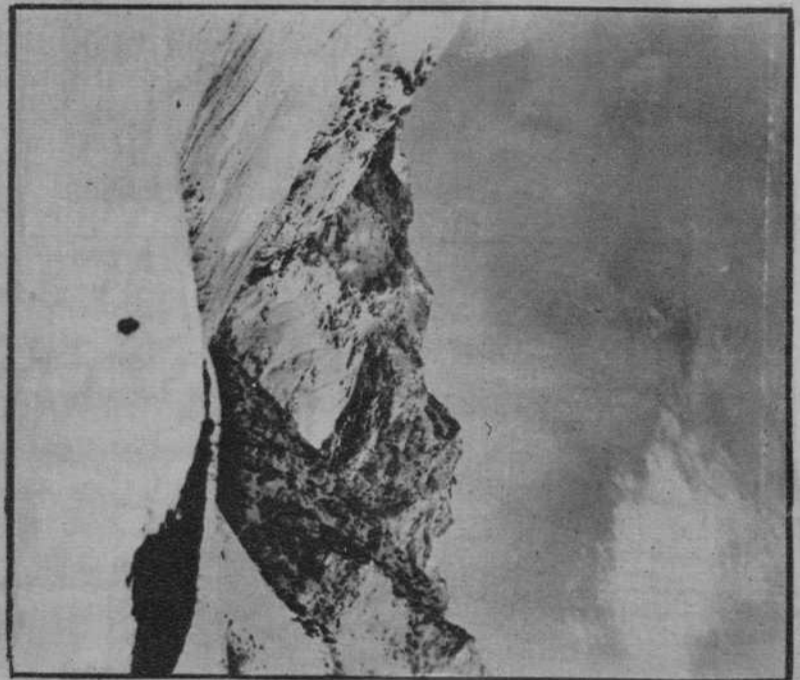
La máquina barredora de las nieves



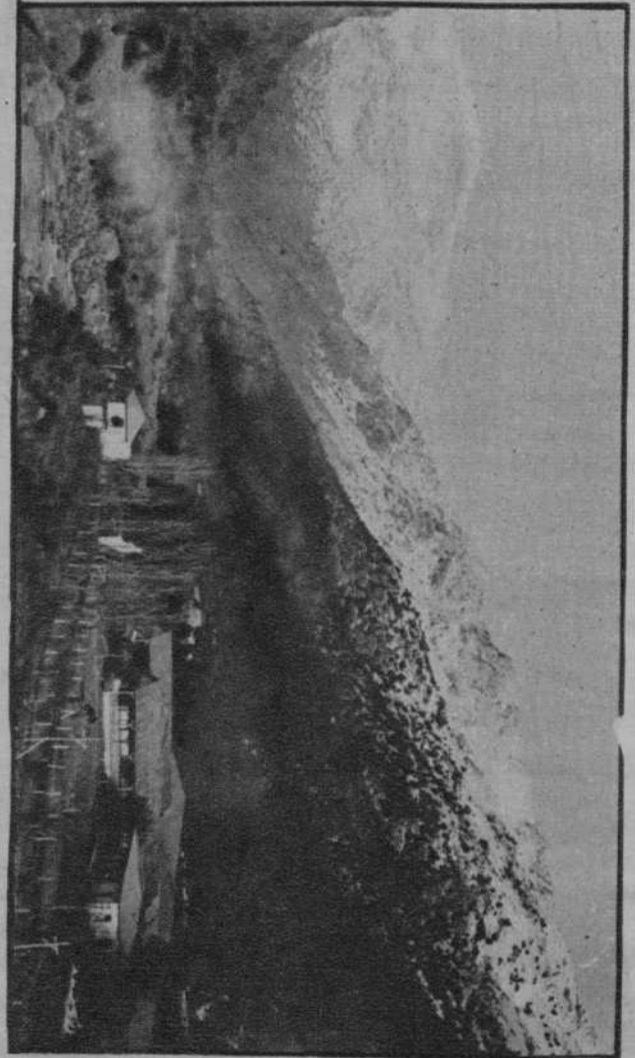
Un ventisquero



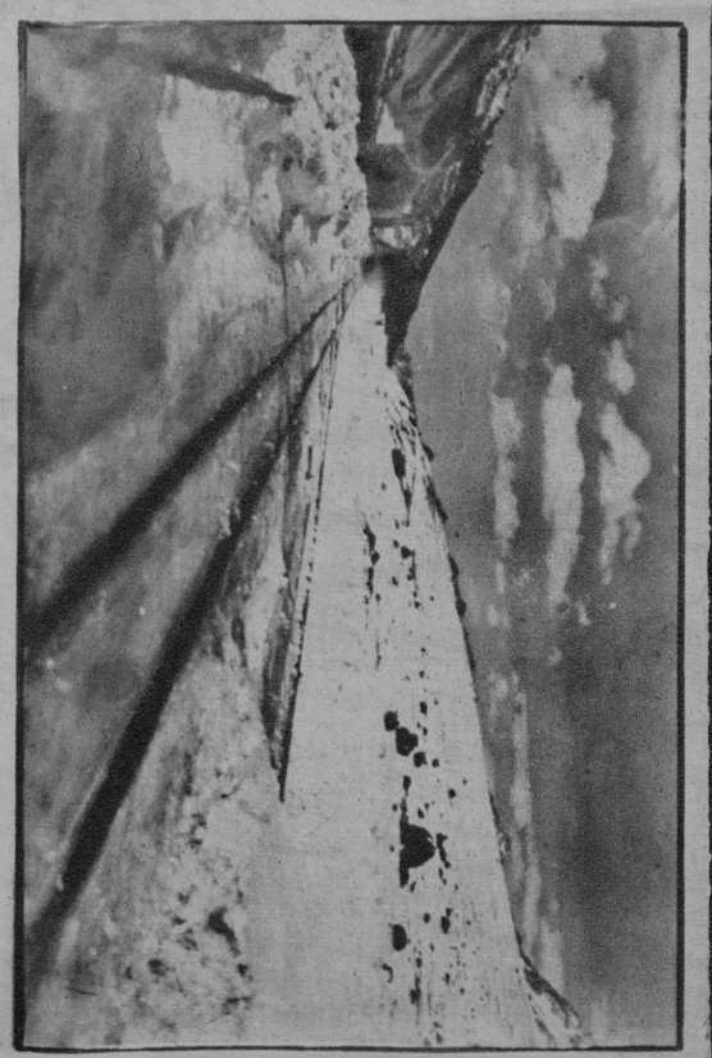
La llegada de un convoy



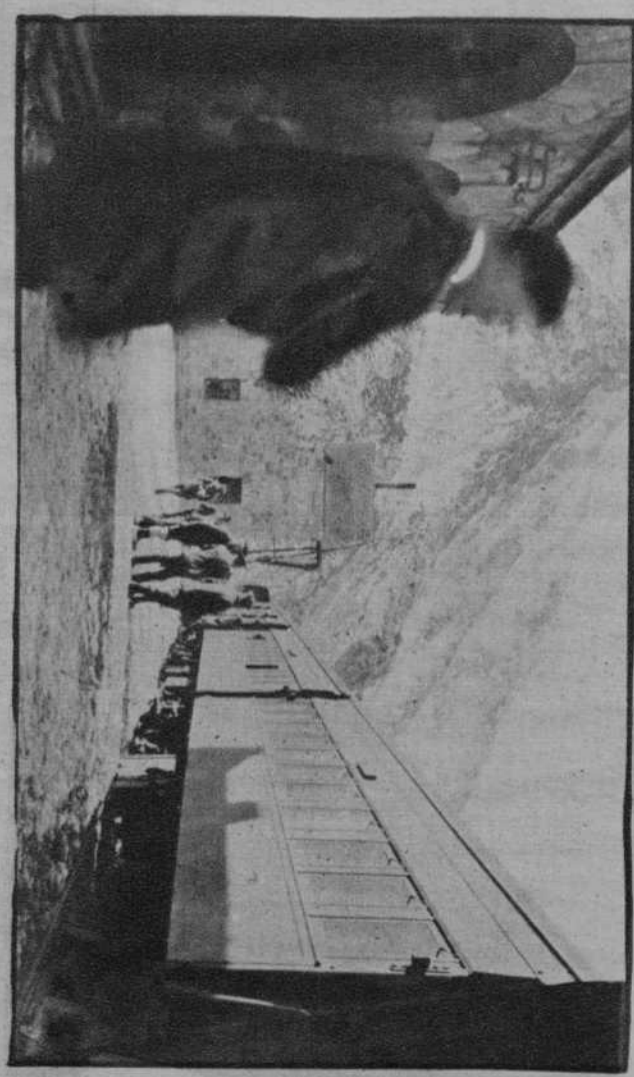
En las cumbres andinas



Un valle en las alturas

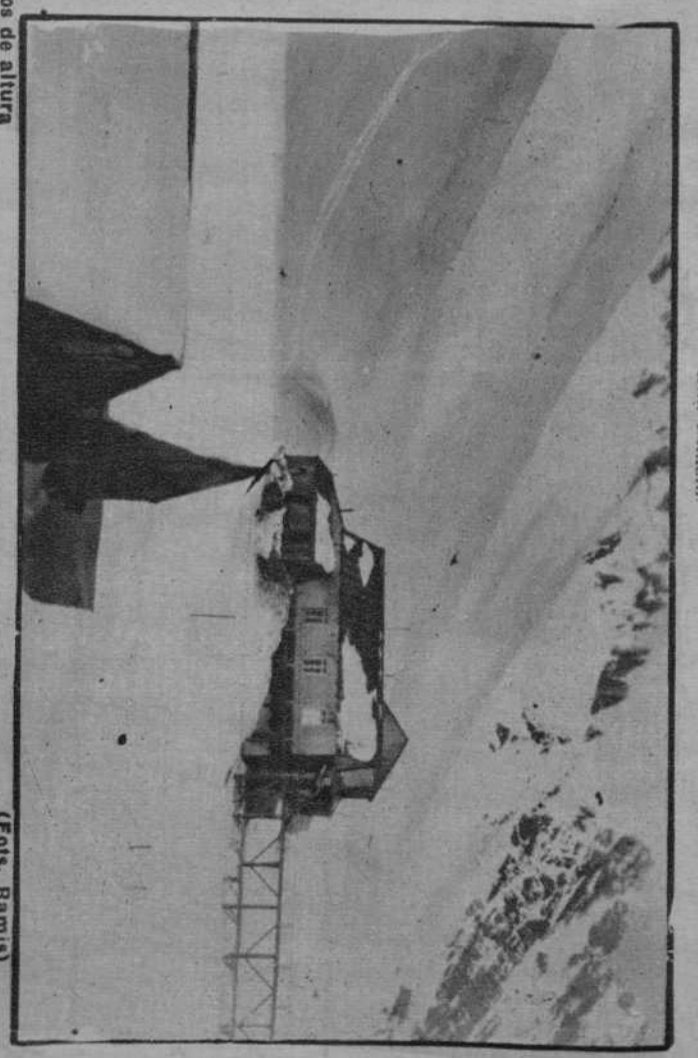


La línea entre la nieve



Una estación

La estación a 3.000 metros de altura

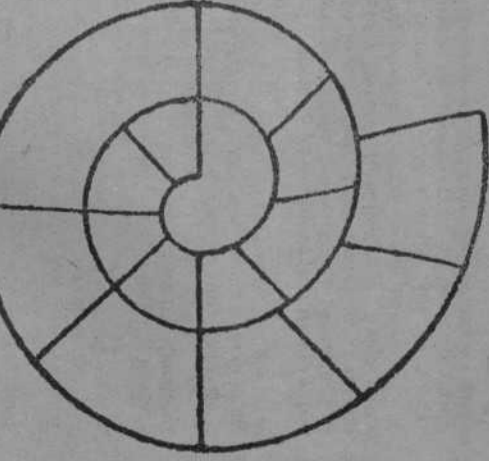


(Fots. Ramis)



Juego de niños

LA ESCALERA DE CABACOL
Se toma tiza, y en el patio o habitación de que se disponga, se dibuja, más o menos perfectamente y con la mayor amplitud posible, el modelo siguiente de escalera de caracol.



Las rayas simulan los peldaños y por ellos hay que subir con una pierna encogida, sin pisar raya hasta llegar al centro que se supone el remate de la espiral. En los descansillos, puede el niño reposar con los dos pies en el suelo, pero siempre sin pisar la raya, porque ésto supone falta y hay que volver a empezar.

Puede completarse el juego, empujando con el pie un madero pequeño, o una chapita de hierro y procurando no salir de las líneas señaladas.

EL OPERADOR DE CINE



—¡Eh! ¡Quiéto! ¡No se muevan ustedes, que ahora están bien!

LOS EXAGERADORES

Uno de esos individuos que cuando abren la boca dejan hablar la fantasía y exageran a más y mejor, contaba que una mañana había estado apunto de morir de espanto al encontrarse con una manada de más de veinte lobos hambrientos.

—¡Hola! ¡Este las dice grandes!—exclamaron los que le oían—. ¡Nada menos que veinte lobos en nuestros bosques!... No hay tantos en toda la comarca.

—He dicho una veintena por decir.—se apresuró a corregir el exagerador—, pero no hay duda de que eran dos o tres.

—¡Tres lobos por aquí! ¡Estás loco! Ha-

bríamos oído hablar de ellos... Alguien los hubiera visto... Habrían causado algún daño...

—¡Qué manera de entender las cosas tienen ustedes!—protestó el narrador. He dicho dos o tres, quizás no fueron dos o tres; ¡Bah! ¡Un lobo en ese sitio donde consistentemente la gente va y viene! No puede ser. Fué tal vez un leño.

—Bien; si no era un lobo era un leño, pero lo cierto es que algo vi...

EL NIÑO AVISPADO



—¡Qué encantador es este niño! Tiene los cabellos de su mamá, los ojos de su tía... —Y los pantalones de papá.

NARRACIONES MITOLOGICAS

Hércules, niño

Cuando Juno, la celosa esposa de Júpiter, supo que la bellísima Alcmena, mujer de Anfitrión, había tenido un hijo que desde su mismo nacimiento, había demostrado una fuerza admirable, recordó la fealdad de su hijo Vulcano y se sintió poseída de un odio mortal contra el recién nacido. Y llegó el odio a su grado máximo, cuando Júpiter hizo un cumplido elogio del hijo de Alcmena, al que habían puesto por nombre Hércules. Juno, enfurecida, decidió la pérdida del pequeño atleta y, aprovechando un día, el sueño apacible y sosegado del vigoroso niño, mandó situar junto a la cuna dos enormes serpientes venenosas para que lo ahogaran.

Hércules, que, por su constitución robusta, necesitaba una alimentación superior en mucho a la de los demás hombres, ya que para lactarlo era preciso utilizar la leche de todo un rebaño de vacas era oloroso como un queso fresco y las dos serpientes atraídas por el perfume lácteo, empezaron a silbar, mientras se inclinaban hacia Hércules.

Este despertó, y al ver las dos horribles cabezas, creyó en su ignorancia, que se trataba de dos juguetes. Alegre por el hallazgo, asió las serpientes por el cuello, y fué apretando... apretando... con sus dedos de acero. Los dos animales bajo la terrible presión, empezaron a agitarse rabiosamente, retorciéndose sus cuerpos largos y llenos de escamas verdinegras.

Hércules reía y las convulsiones de las serpientes le parecían la distracción más deliciosa del mundo, hasta el extremo de no soltarlas, hasta que los animales, impotentes ante el vigor divino de Hércules, quedaron inertes y sin vida.

Entonces, Hércules, se durmió de nuevo, soltó las serpientes muertas y al poco rato, Alcmena descubrió a su hijo reposando placidamente en la cuna, con las serpientes extendidas al pie de la misma. Juno, la vengativa Juno, había perdido el tiempo.

LA MUJER MODERNISIMA



—¡Qué automóvil más elegante! ¡Verdad, mujercita mía!

—¡Pés! ¡Es un modelo del año pasado!

PAMPIROLADAS

Entre chiquillos:
—Yo no he podido ver perro alguno con las orejas.
—Pues, ¿cómo los ves entonces?
Con los ojos.

Una advertencia al niño en visita:
—Cuidado, nene, no toques al lorito que podría picarte en un dedo...

—¡Tan malo es?
—No es que sea malo; es que no te conoces.
—Entonces, ¿por qué no le dicen ustedes quién soy?

El abuelito quiere saber hasta qué punto ha estudiado Juanito su lección de Ciencias, y le pregunta:
—Vamos a ver: el caballo, el perro y el hombre, ¿a qué reino pertenecen?

—Al reino animal.
—¿Y las plantas?
—Al reino vegetal.
—¿Y el hierro y todos los metales?
—Al reino mineral.

—Muy bien. Ahora, dime: yo, ¿a qué reino perteneczo?
Pequeña duda de Juanito. «¿A qué reino pertenecerá el abuelo?» Por fin, contesta animosamente:

—¡Al rey y por qué?
—¡Porque tú decías ayer, abuelito, que a tu edad, ya no se hacía más que «vegetar»!

—Tonuelo como un arenque y con cierta precucio, dícele a su madre:
—Mamá... Ahora comprendo por qué el agua del mar es tan salada.
—Por qué?
—Porque hay tantos arenques en ella.



—¿Lo ves, mujer? ¡Pusiste el fonógrafo junto a una corriente de aire, y ya se ha constipado el tenorio!

EL CORAZON DEL HOMBRE

por

ALBERTO DONAUDY



No porque Marisa lo hubiera deslucido en cualquier sentido o que viera en desacuerdo con él, pero en muchas cosas era distinta a él, como en el gusto que Pablo encontraba en la felicidad hogareña. Y la otra, si, en cambio; la otra se le parecía tanto en eso! Cuántas veces, en ese mismo saloncito, habían permanecido juntos horas enteras; él, interpretando a Beethoven en la pianola y ella escuchando, silenciosa y atenta... En la inmensa miseria de los rícos, eso les daba casi un motivo de vanidad, rompía las tinieblas de sus jornadas de holganza, tornaba menos grave a sus ojos la razón inescrutable de su inutilidad. Ahora que la radio le presentaba servicios más gr... estaba tan orgulloso de poder... el espacio como se ordena a un reloj, ahora que, sintiéndose un poco Hertz y un poco Marconi también él, podía mirar en torno suyo con una sonrisa más pl... and e... kison en el gramófono o Steinway en la pianola, ahora también Clara hubiera estado contenta de vagabundear, de correr de una estación a la otra—de Londres a

—¿A Mauricio?
Marisa se había detenido a mirarlo. El explicó:

—Creyendo que tú tampoco saldrías, le he telefonado que viniera a tomar una taza de té.

—Bueno. Quiere decir que a las cinco estaré de vuelta.

Salió ella. Pablo consultó el reloj. Eran apenas las dos. ¡Necesitaba tres horas para cumplir con sus encargos! Pero no dijo nada y se quedó allí, silencioso e inmóvil, con la mirada fija en la puerta por la cual había salido ella.

Ciertas actitudes y ciertas impresiones de Marisa lo dejaban repetidas veces dolorido y pensativo. Entonces, el recuerdo de aquella que había desaparecido de pronto de su vida, tres años antes, fulminada por un aneurisma, dejándole en el corazón el lamentable recuerdo de una felicidad demasiado breve, lo asaltaba de improviso. Hombre de mundo y de buen gusto, hubiera querido en tales momentos substraerse al parangón; pero Clara había sido para él una compañera muy distinta.

El altoparlante comenzó a gruñir, a chillar y a hacer como disparos de revólver, cuando Marisa se levantó, dejando a su marido con los oídos tapados por los teléfonos y los dedos sobre el sintetizador.

—Aquí está Londres. ¿No quieres escuchar?

—Sí, pero debo salir en seguida. Ella había ido a mirar por la ventana si el aguacero había cesado y ahora abría los cristales, alargando la mano para cogerlos.

Lloviznaba todavía; pero las nubes se deshacían ya y aparecían trozos de azul. Fulminante e inesperado, como el fogorazo de magnesio de los fotógrafos, un rayo de sol empavesó de fiesta el con-tramarco de la ventana, en el que minúsculas lamparitas de lluvia se alineaban iguales.

—¡El sol!—exclamó Marisa, cerrando los cristales.—Voy a vestirme.

—¿Tienes una cita?

—Sí.

—¿Amigos?

—Encargos. ¿Tú no sales?

—Espero a Mauricio más tarde.

Berlin, de Viena a Madrid—siguiendo los caprichos de su fantasía. No solamente contenta, sino también satisfecha de él porque ahora, era necesario mayor conocimiento del mecanismo y hasta más consumada maestría. Feliz de poder asistir desde su propia poltrona, a una histórica sesión de la Cámara de los Pares, ella no se habría movido de allí hasta la noche; y, en cambio, Marisa prefería afrontar los rigores de un día como ese, para ir a probarse un traje en casa de la modista o para hacer algunas compras insignificantes.

—¡Graves pensamientos? Ella había entrado hacia poco en vuela en la piel de un leopardo, y se había inclinado a besarlo, expandiendo en torno un perfume que parecía fluir de su propia persona. Pablo respondió mecánicamente a ese beso, en tanto que sonaba la campanilla del teléfono.

—Es para mí. Voy yo. —¿Para ella? ¿Y cómo lo sabía? ¡Ese perla acaso esa telefonada para ser! Pablo se puso a escuchar. Pero, lo cruzó de costumbre, como todas las mujeres, al teléfono, ella no hablaba ahora más que con monosílabos, sin dejar comprender nada de las preguntas que le dirigían, y que debían ser muchas e insistentes.

Con el oído atento, las cejas frunciadas y un índice semi rígido en el aire, Pablo puso entonces al servicio de su inteligencia de radiomaniaco la prodigiosa memoria de que estaba dotado; pero ni siquiera ese formidable esfuerzo consiguió iluminarlo sobre la identidad del interlocutor. Y basó eso para condensar sobre su frente las nubes que estaban otra vez amontonándose en el cielo y que amenazaban una nueva borrasca.

Pablo nunca había sospechado nada. Amaba con celos, pero sin tormento. El peso de un vigilancia continua era para él la mayor ofensa que se podía hacer a una mujer, y tal vez una de las causas principales de las muchas rebeliones que después se concretan en infidelidad. De modo que al concederle su confianza a alguien, difícilmente se la retiraba, ayudado en eso por una absoluta falta de fantasía que le evitaba los engaños y los paligros de una imaginación demasiado calenturienta.

Pero esta vez, al ver la cartera de ella, que había quedado abierta allí a su lado, no pudo evitar un gesto del cual ni se dio cuenta, tan instintivo e impremeditado fue. Y así se encontró, sin saber cómo, con una llave que reconoció en seguida: la llave del escritorio, cuyos cajones nunca había cerrado ninguno de los dos. ¿Por qué lo hacía ella ahora?

Pero apenas se había formulado esta pregunta, cuando regresó Marisa, de modo que no le quedó nada más que hacer que guardar en el bolsillo inmediata-

tamente aquella llave, para no ser sorprendido por ella.

—¿Quién era?

—Un amigo, ¿quién?

—No lo conoces.

Pablo no preguntó más. Para darse un respiro que lo ayudara a no revelar la extrañeza que le producía una respuesta tan abiertamente evasiva, buscó al acaso una longitud de onda y confió al éter su malestar. Una voz comenzó a transmitir los precios de la Bolsa de París.

—¿Qué haces? ¿No sales tú también a tomar un poco de aire?—preguntó ella, recordándose los labios y consiguiendo así dar a su pregunta un tono indiferente.

—¡No te he dicho que espero a Mauricio?—Mauricio no vendrá hasta las cinco... —¿Y a dónde quieres que vaya con este tiempo? Pero se interrumpió en seguida y hasta quiso corregirse: —Bien es cierto que vivimos a puras borrascas... Por nada del mundo hubiera evitado que su mujer saliera, rodó como estaba por la impaciencia de saber. Apenas oyó cerrar la puerta de calle, corrió al escritorio. Un solo cajón estaba cerrado, el más bajo. Lo abrió. Pero, antes de buscar dentro, fue hasta la ventana para serenarse. Como la tormenta se enfurecía nuevamente, temió que ella hubiera podido regresar. Pero, en cambio, estaba fuera ya; atravesaba la cazada de una a otra acera, lista y ligera, con aquel pasito suyo que pare-



oía apenas desflorar el pavimento. Y entonces, viéndola así, sintiéndola ya casi desprendida de él, se dio cuenta por primera vez de que la amaba... ¡Más que a Clara! No lo sabía, pero lo cierto es que el amor por su primera esposa nunca había sido mantenido por una del amor por la mujer que se teme perder; ese gritaba su imperio: era más tirano que el otro. Cuando ella llegó a la esquina, el viento la atacó tratando de arrancarle el pequeño paraguas al que se aferraba con ambas manos. Pero resistió y permaneció allí ante la violencia de la ráfaga que la golpeaba en pleno, hasta que vino un automóvil de alquiler a salvarla del viento. Y entonces fue el charleston del Hotel Ritz y luego la infaltable «Jalouisette» que cubrieron con el clamor de sus saxofones el tímulo del corazón de Pablo, ante la doble e inesperada revelación.

Cuando ella regresó, una hora después, el programa se había vuelto clásico. Ya no aullaba el alto parlante. Creaba el ambiente. Confiaba a la «Patética» el mundo y austero dolor que daba al rostro de Pablo una expresión de imperecedable que casi lo elevaba a más nobles esferas. Al verlo allí, de pie, pálido, erguido, cerca del escritorio sobre el cual estaban diseminadas en desorden las cartas reveladoras, ella se dio en seguida cuenta de lo ocurrido. —¿Quién te ha dado la llave?—preguntó con voz severa, llena de áspero reproche. Pero él no respondió. Permaneció rígido, casi impasible.

—¿La has agrarrado de mi cartera? Su voz se había dulcificado. Hasta le había colocado una mano sobre el hombro. —¿Por qué, Pablo? Está muy mal eso que has hecho. Entonces él se alejó bruscamente de ella. —¡Déjame!

Tuvo un sobresalto. Pero no quería comprender. Le preguntó, temblorosa: —¿Pablo? ¿Qué es lo que crees? Se había sentido, de golpe, como de hielo. Se le acercó nuevamente. Le miró asustada. Pero él evitó aquella mirada, se alejó otra vez de ella y, con un simple movimiento de la cabeza, le indicó que se aborrase hasta las inútiles consabidas protestas. Nunca había dudado de ella, pero ahora poseía una certidumbre que no permitía discusiones.

—Volverás a casa de tu madre—dijo, con voz opaca, pero firme, antes que ella intentara hablar—. Te acompañaré hasta allí esta noche. E iniciaremos desde mañana nuestros trámites de separación. En cuanto a Mauricio, a ese mi-

oía apenas desflorar el pavimento. Y entonces, viéndola así, sintiéndola ya casi desprendida de él, se dio cuenta por primera vez de que la amaba... ¡Más que a Clara! No lo sabía, pero lo cierto es que el amor por su primera esposa nunca había sido mantenido por una del amor por la mujer que se teme perder; ese gritaba su imperio: era más tirano que el otro. Cuando ella llegó a la esquina, el viento la atacó tratando de arrancarle el pequeño paraguas al que se aferraba con ambas manos. Pero resistió y permaneció allí ante la violencia de la ráfaga que la golpeaba en pleno, hasta que vino un automóvil de alquiler a salvarla del viento. Y entonces fue el charleston del Hotel Ritz y luego la infaltable «Jalouisette» que cubrieron con el clamor de sus saxofones el tímulo del corazón de Pablo, ante la doble e inesperada revelación.

PAGINAS INFANTILES

El idiota y el abedul

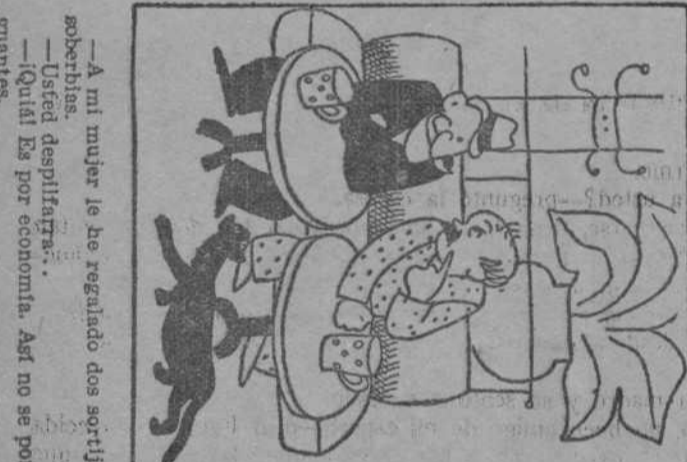
En cierta comarca vivía un anciano que tenía tres hijos: dos de ellos sensatos, y el otro, idiota. Murió el viejo, sus hijos se repartieron la herencia a la suerte. A los dos sensatos les tocaron los mejores bienes; el idiota sólo recibió un buey, un buey viejo y flaco. Llegado el día de la feria, los hermanos se dispusieron a ir a ella para vender el buey con sus bienes. El tonto, al verlo, les dijo: —Yo también ire al mercado para vender mi buey. Avé un trozo de cuerda a los cuernos del buey y lo condujo al pueblo. Mientras cruzaba el bosque, encontró en el camino un abedul viejo. Al arrear el soplo del viento, el abedul comenzó a murmurar: —¿Por qué murmuras el abedul?—se dijo el tonto—. Acaso quiero comprar si buey? Bien—agregó—, si quisiera comprarlo, le lo venderé; el buey vale veinte rublos. No puedo dejarlo a menor precio. Venga el dinero. El abedul continuó murmurando. El tonto creyó que le decía que le compraría el buey al fiado. —Perfectamente—dijo el bobo—. Vendré mañana a cobrar. Avé el buey al tronco del abedul y se volvió a la casa. Sus hermanos, ya de regreso, le preguntaron: —¿Como te ha ido, tonto? Vendiste el buey? —Sí. —¿Por cuánto? —Por veinte rublos. —¿Dónde está el dinero? Me dijeron que volviera mañana. —¡Ah, siempre tonto! Al día siguiente, muy temprano, el bobo se puso en camino para ir a reclamar su dinero al abedul: el viento sigue agitando-



lo; pero el buey ha desaparecido; los jobs lo han devorado durante la noche. —Dame el dinero, amigo mío; me proméste pagarle hoy. El idiota, el abedul murmuró, y el tonto se dijo: —No eres muy honrado que digamos. Ayer me dijiste: 'Te daré el dinero mañana'. EL CLIENTE IMPACIENTADO

—Pero, camarero, ¿y ese vino rancio, cuándo viene? —Calmá, señor, que así acaba de entrar. —Si tiene barba? —Si una barba larga. —¿Tiene cuernos? —¡Qué ha de tener cuernos, tonto! Sin embargo, ¡mira! Y arrojó a tierra la cabeza del animal. Los vecinos exclamaron al instante: —¡Es una cabeza de macho cabrío! Y entre risas y frases de desprecio para el tonto, le volvieron la espalda y regresaron al pueblo.

Los hermanos sensatos contestaron: —Son borges. —¡Mienten!—exclamó el bobo—. Traemos monedas de oro. ¡Mira! El sacristán lanzó un grito, se precipitó sobre el oro, y comenzó a llenarse los bolsillos. El tonto, furioso, le desatagó un haz chazo que lo dejó muerto. —¿Qué has hecho?—gimieron los hermanos—. ¡Te has perdido y nos has perdido! —¿Dónde ocultamos el cadáver? Después de haber deliberado largo rato, lo arrastraron hasta una cueva abandonada. Llegada la noche, el hermano mayor dijo al otro sensato: —El asunto es muy serio. Cuando nos preguntan si hemos visto al sacristán, el tonto lo dirá todo. Oye, matesmos al macho cabrío y llevémoslo a la cueva; luego enterrémos el cadáver en otra parte. A la media noche mataron un macho cabrío y lo ocultaron en la cueva. En seguida se llevaron el cadáver del sacristán para enterrarlo en otro lugar. Transcurrieron algunos días, y la gente del pueblo comenzó a hacer averiguaciones acerca del paradero del sacristán. Preguntando a uno y a otro, llegaron al tonto, quien respondió: —¿El sacristán? ¡Bah! Yo lo maté de un hachazo hace algunos días y mis hermanos ocultaron el cadáver en una cueva. —Conducenos a esa cueva y muéstranos el cadáver. El tonto penetró en la cueva, tomó al macho cabrío por la cabeza y preguntó: —¿El sacristán es negro? —Si vestía de negro. —¿Tiene barba? —Si una barba larga. —¿Tiene cuernos? —¡Qué ha de tener cuernos, tonto! Sin embargo, ¡mira! Y arrojó a tierra la cabeza del animal. Los vecinos exclamaron al instante: —¡Es una cabeza de macho cabrío! Y entre risas y frases de desprecio para el tonto, le volvieron la espalda y regresaron al pueblo.



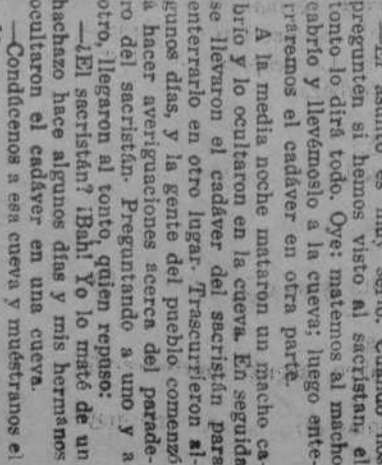
MEDIDA ECONOMICA

—A mi mujer le he regalado dos sortijas soberbias. —¡Usted desfilafra! —¡Qué! Es por economía. Así no se poñe cuántas.

—A mi mujer le he regalado dos sortijas soberbias. —¡Usted desfilafra! —¡Qué! Es por economía. Así no se poñe cuántas.

EL NOVIO INDESEABLE

—Después de usted, señorita; las mujeres no quieren casarse. —¿Porque es usted el que las solicita!



—Después de usted, señorita; las mujeres no quieren casarse. —¿Porque es usted el que las solicita!

—Después de usted, señorita; las mujeres no quieren casarse. —¿Porque es usted el que las solicita!

—Después de usted, señorita; las mujeres no quieren casarse. —¿Porque es usted el que las solicita!

LETRAS CATALANAS

PLANO de TRADUCTORES

Hace muy poco que Ricardo Baeza, en una serie de artículos publicados en «El Sol», estudiaba un tema por demás interesante: este de las traducciones. Todos sabemos que, en este terreno, Ricardo Baeza es una autoridad. Su bibliografía, como traductor, es importantísima. Wilde, D'Annunzio, Bennet y otros muchos, han penetrado en el alcázar de nuestras letras de su mano. Su actividad—casi—su apostolado en este aspecto es incansable.

¿Apostolado? Tentado estoy de afirmarlo. Entre nosotros, es insólito el caso del escritor de fama cimentada que se dedica a verter obras extranjeras a nuestro idioma, aun a sabiendas de que escribiendo concepciones originales su labor sería más atendida y mejor remunerada. La mayoría de los escritores pasan por ese trance—difícil: trabajoso—de las traducciones en los comienzos de su vida literaria. Pero enseñada dejan atrás, como simple ejercicio de aprendizaje y fórmula para seguir adelante. Por eso, la labor de Ricardo Baeza, debe subrayarse en demanda de atenciones dispersas.

Hasta hace muy poco, las letras castellanas han adolecido de una falta absoluta de traductores. El desán que por esta labor sentían los consagrados unido a las escasas preocupaciones artísticas de los editores, hacían que estos menesteres fueran encargados a traductores mediocres. Incapaces de trasladar de una manera siquiera aproximada el espíritu de las obras. Yo creo que la aversión a los clásicos griegos y latinos (y el desconocimiento de los escritores áureos del extranjero) tan corriente en España, es debido al cúmulo de traducciones inferiores con que se han revestido sus ediciones populares desde hace dos siglos. (Así como yo creo que una gran parte del descrédito que gozan los clásicos castellanos, es debida a esas ediciones—farragosas, insostenibles—de Rivadeneyra, que han sido durante mucho tiempo la única fuente al alcance del gran público).

Hoy, ya, las ediciones populares de literatura extranjera se publican con menos despreocupación que antes. Pero todavía queda mucho por hacer. Cabe anotar, como ejemplo valioso, la legión de escritores catalanes que afirman las traducciones castellanas de esa biblioteca admirable que edita Calpe con el nombre de «Colección Universal».

En Cataluña no existe el problema de las traducciones tal como se plantea en las letras castellanas. En todo momento los escritores mejor conceptuados—conscientes de la evolución constructiva del catalán novísimo—se han ocupado largamente en traducciones literarias. Así, hoy—salvadas las distancias—puede afirmarse netamente la superioridad de las letras catalanas en este aspecto.

El primer ensayo de traducciones literarias en serie lo constituye la Biblioteca Popular de L'Avenç, en la que junto a los valores literarios de la época—primera década del siglo—aparece un grueso contingente de autores extranjeros. Al lado de clásicos universales—Dante, Shakespeare, Goethe, Tolstói, Novalis, Chateaubriand—figuran escritores poco conocidos entonces.—Omar Kayyam, Walt Whitman, etc.—Las traducciones van firmadas por los dirigidos de la Cataluña literaria de entonces; Verdager, Maragall, Massó i Torrents, Montoliu, Narcís Oller, etc.

Desde entonces no ha cesado la fiebre

de comer; y otra vez había el casino para comentar el caso.

Poco tardó la señora en llegar a la terraza.

—Pero, señora, ¿es verdad que se marcha usted mañana?

—Sí, señores: sin demora.

—¿Qué temporada más corta! ¿Y por qué no ha de quedarse unos días más?

—No puede ser.

—Se lo suplicamos todos.

—Gracias, gracias. No puede ser. ¡Imposible!

—Que se lo pida don Juan—dijo incisivo el pollo.

—Y él, con la sonrisa de siempre, exclamó:

—Si don Juan me lo pidiera, por don Juan me quedaría. Pero sabe nuestro amigo que me acoje un gran peligro y que no hay otro camino, para conjurar el mal, que poner tierra por medio.

Y como esto lo decía contentando la sonrisa, los otros ya no sabían si tomar la cosa en serio o continuar la farsa. Estaban desconcertados.

Más aquel don Florentino, echándolo todo a broma, dijo a grandes carcajadas:

—¡Hurrá! ¡Que viva don Juan!

Y en este plan discurren las horas de aquella tarde, y de la noche también, sin que volvieran a verse don Juan y la dama hebrea.

Al fin, vino el nuevo día.

A las diez de la mañana partía el tren de París llevándose a la bella hebrea. En la estación, todos los de la terraza. Unos con flores, otros con estuches de golosinas. Los más, con fustas variadas.

Don Juan entregó a la dama una caja de bombones, ornada con pensamientos de tonalidades claras y un lazo de seda blanca, muy blanca, del blanco de la paloma.

Todos alabaron, sin embargo, el presente de don Juan y, a petición de la dama, se mostraron de consuno en que don Juan era el hombre de los pensamientos claros.

El timbre de la estación sonó, con fuerte insistencia, al tiempo, que un ferrocarrilero paraba en el andén, que el convoy iba a partir.

Llegó al momento. Saludos de despedida. Protestas de recordarse, de escribirse, de acudir en igual fecha del año próximo, to-do, a la playa aquella, y don Juan que estrecha la mano de la hebrea, empujando y rendida.

—Buen viaje, señora mía!

—¡Gracias, don Juan! Y usted me pondrá la farsa que he querido mantener a costa suya. ¡Pero bien cara me cuesta! He podido mantenerme digna, porque usted ha sido un perfecto caballero. Se aleja mi cuerpo, respetado, pero mi alma es toda suya.

—No lo olvide usted nunca!

Y la dama de la farsa peligrosa, se abrazó a don Juan. Ante el asombro de todos, se besaron y la señora ascendió rápidamente a su coche.

Silbó la locomotora. El tren inició la marcha con lentitud y aquella cara divina enmarcada por el cuadro de una de las ventanillas, disimulando la pena con una sonrisa, entonces eminentemente vana, se embelleció mucho más con las lágrimas que surcaban sus sonrosadas mejillas.

El dolor de aquella mujer, moralmente atormentada, sirvió de enseñanza a todos. Y sin saber si admitir más a don Juan o a la dama, musitó don Florentino:

—¡Qué caso más admirable!

Y don Juan aseró:

—¡El talento, la cultura, la moral, don Florentino, es lo que salvó a la dama!

LOS GRABADOS SOBRE BOJ

EL ARTE de la XILOGRAFIA

Habréis visto, no pocas veces, en los libros viejos, esos libros que huelen a rancho, con hojas amarillentas y letras de dibujo ligeramente desigual, unos dibujos que acaso os hayan parecido torpes y desmañados en estos tiempos en que el huecograbado, por ejemplo, realiza verdaderas maravillas artísticas. Dibujos de trazo aparentemente duro, que a vuestros ojos ofrecen la sensación de algo primitivo. Es el grabado en madera, conocido técnicamente por «xilografía» y que consiste en la incisión sobre boj—la madera de mayor resistencia y más compacta—, para estampar luego en el tórculo, que tal era el nombre que se daba a la primitiva prensa de imprimir.

La xilografía es anterior a la invención de la imprenta y posiblemente Gutenberg en ella pensó al realizar su inmortal descubrimiento. Conócense imágenes estampadas en 1406, 1418, 1428, fechas anteriores al invento del sabio de Maguncia, pero es con el impresor y grabador alemán que el arte de la imaginaria adquiere un cierto valor artístico. Graba Pfister en Alemania y pronto le siguen con visibles progresos Weigmann y Guillermo Pleydenwurff que publican la estimable «Crónica de Nuremberg» con abundancia de grabados, sino de talla muy perfecta, de una apreciable fidelidad de ejecución.

Es el glorioso Alberto Dürero, discípulo de Weigmann, que realiza prodigios todavía no superados, a despecho de los siglos transcurridos, sobre la madera, pero ya van siendo legión los dibujantes-grabadores. Lucas Cranach, en Sajonia, consigue justa nombredad en los retratos. Carpi, Necken, Vicentini, Andreani, Trento, en años posteriores introducen modificaciones materiales en el arte del grabado, pero son cito contiguo. Amigo íntimo de la casa, nunca esperaba a que lo hicieran pasar. Marisa tuvo apenas tiempo de esconder las cartas esparcidas sobre el escritorio y de murmurar a Pablo: —¡No te muevas! Luego te alejarás un momento con un pretexto cualquiera... —¿Interrumpo un idilio?—preguntaba en tanto, familiar, una voz al otro lado de la puerta.

Poco después el sirviente regresaba con el servicio para el día. Mauricio había besado la mano a Marisa y se había sentido a narrar un incidente autobiográfico que le había ocurrido en la cullera... —¿No era culpable, entonces? ¿No había ya Mauricio en el salón?

serable, tendré una explicación con él, de modo que no nos sea difícil simular un altercado y tener así una razón plausible para cambiarnos los padrinos. Hizo ademán de irse. Pero ella lo detuvo. —¡No! ¡Tienes que quedarte! Y tienes que saber también...

Y, entre todas aquellas cartas, buscó una, una sola, que bastaba para justificarla. Pero habían sido destruidos todos los sobres. Ninguna indicaba el año. Ninguna llamaba a la amiga más que con los mil nombres locos, incongruentes, infantiles, de las horas de intimidad. Ninguna citaba un acontecimiento cualquiera que pudiera servir de referencia. No se hablaba más que de besos, de citas, de nuevos subterfugios necesarios. No se gritaba más que una palabra enloquecedora.

Yendo de una a otra y revisándolas todas, Marisa se afanaba todavía, impaciente, nerviosa, agitada. Estaba bajo el peso de una acusación que la ofendía en sus sentimientos más caros: la de la fidelidad, de la lealtad, de la devoción. No era posible que quedara en pie un minuto más...

—¡Lea ésta!—exclamó de pronto, como liberada—, ¡leal! ¡Aquí hay una fecha, al fin! Está el año. Son cartas de hace siete años, estas, y no dirigidas a mí, dirigidas a otra... Por eso te he dicho que no debías haberlas leído, Pablo... No por mí; por ti. Y por ellas también... «Por ellas», sobre todo...

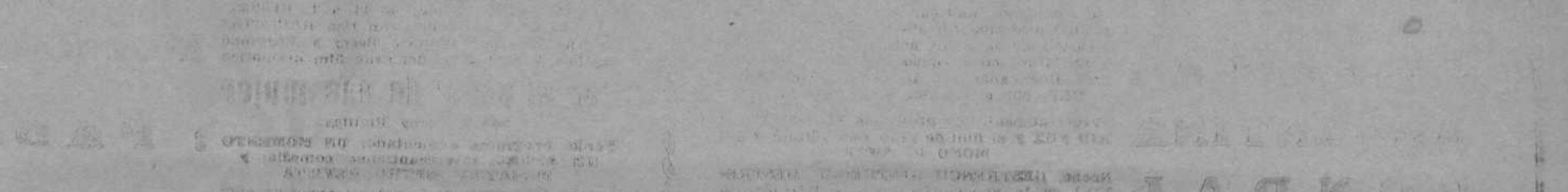
Pablo le gritó: —Y tú, ¿cómo sabías?

—Fué el mismo Mauricio quien me lo dijo en secreto, apenas volvímos de nuestro viaje de bodas, porque tenía miedo de que no hubieran sido destruidas y que al regresar tú a casa, después de dos años de viudez que pasaste viajando, pudieras haberlas descubierto. Le prometí que, si las encontraba, se las devolvería. Y las busqué mucho tiempo, inútilmente, por todas partes. Fue ayer cuando, por casualidad, revisando un armario, descubrí un cajón secreto, disimulado en el tallado del mueble. Lo abrí. Estaba allí ese paquete de cartas. Escribí inmediatamente a Mauricio, deseando devolverlas pronto y citándolo para hoy. Fué él quien me llamó por teléfono hace poco; él, impaciente, lleno de sospechas, de ansiedad de miedo...

Pablo ya no la escuchaba más: la estrechaba contra sí, como a un bien recuperado, mirándola con ojos cargados de agradecimiento, de humildad, casi de liberación. ¡Ella era suya, suya! ¡Ninguna se la había arrebatado jamás! Y Clara estaba muerta... Cuando el camarero apareció para anunciar a Mauricio, él no protestó: quedó inmóvil, mudo.

—¿Le ha dicho que el señor también está en casa?—preguntó Marisa en voz baja al doméstico.

Pero ya Mauricio estaba en el salón...



Guillermo DIAZ PLAJA

UNA FARSA PELIGROSA

por AMARO G. MIRANDA

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

Localizamos la historia en una playa de...

¡Aquí hay figura, y una hermosura de fisi- col... decía con mucha gracia el cordobés al amigo.

—¡Físico poco vale. Lo que vale es la moral que mucho a la ciencia del físico. El físico, por mucho que usted lo culde, como caduca, sin dejar ni la más ligera huella de su paso por la tierra. Pero la buena moral perdurará eternamente, porque es hija de la cultura: de esa cultura que nos enseña a enriquecernos y a amarla, a pesar de los desdenes y relativos a que quieren reducirnos los que viven orgueños de su físico. Y de esto se refiere, distatamente, querido don Florentino, que la moral, a medida que van discutiendo los años, se renueva y vigoriza, mientras que va decayendo el físico, hasta hundirse por completo, sin que lo pueda evitar la ciencia más aguilatada de los químicos modernos. Nos pintaremos la cara, los labios, el cabello si usted quiere; pero es inútil, si, si, inútil completamente. ¡Todos son vanos esfuerzos en pugna con la moral, ya que con modas y adites pretendemos engañarnos y engañar a todo aquel que nos mire! ¿Convenidos?

—¡Convenidos!—dijeron los tres a un tiempo.

—Pero si usted poseyera—insistió don Florentino—, además de ese talento y esa moral, un físico como el mío, entonces, ¡el, sería usted grande.

—Las personas no se deben medir por la belleza del cuerpo, sino por el talento. Y ¡infeliz! que por doctrinales, hace rato que difiero los cumplimientos corteses con otros muchos amigos, que me esperan para estrecharme en sus brazos.

—¿Amigos?—preguntó con retintín el pollo Elías.

—La cabeza a que pinta usted en hue- so! ¡Me la apuesto!—le decía el andaluz, cuidando con la moral!—le previno don Ramón.

—Oiga, don Juan, esa moral es muy rabi- ba?—insistió con picardía aquel pollito atildado.

—Y viendo como don Juan se alejaba, re- flexionó el cordobés:

—Tan pronto, tal vez lo tenga. ¡Pero lo que es, como tipo, completamente anulado al lado mío!

—Fueron pasando los días entre fiestas y excursiones, mientras don Juan laboraba, sin descanso, en la conquista de aquella far- tante hebrera.

—Una noche, se quedaron los dos solos en un discreto rincón del casino. Y, libre ya de moscones, don Juan ganaba terreno a pasos agigantados. Conocía, como nadie, el alma de la mujer; y sabía que ante su con- versación eloocuente, clara, fina, armoniosa y persuasiva, la señora de la farsa, si era de figuril moral, caería.

—Miro su reloj don Juan, y al observar la señora que las manillas marchaban las dos de la madrugada, dijo resuelta y nerviosa:

—¡Vámonos ya, que es muy tarde.

—¡Acepté don Juan galante y salieron del casino.

—Por la Avenida Central, caminaban len- tamente y silenciosos hacia el hotel. Las auras voladoras del mar, hacíanle sus cues- tos y don Juan, que era un psicólogo enor- me, aprovechó aquel momento para enlazar con su brazo al de la señora.

—¡No, por Dios!—protestó con leve tono la dama al sentirse así.— ¡Mire que nos pueden ver!

—Pero don Juan no hizo caso, y ella tam- poco insistió en desprendarse del brazo que con amor la oprimía.

—El sistema era elocuente. La mujer dí- base ya por venida. Moralmente derro- tado!

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¿Que me apuesto la cabeza a que pin- cha usted en hueso?—insistió don Floren- tino, y con esto, terminaron el yantar y aban- donaron la mesa.

—¡Ah!—dijo, con el gesto autoritario para decir los motivos.

—¿Y no bajaré a almorzar?

—Estaba almorzando en su habitación. Me prometió que después iría un rato a la terraza.

—Pues entonces, ya la convenecemos de que se quede.

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron

—Y después de esto callaron. Concluyeron